

recorrer los caminos; no han hallado rastro de los fugitivos. Tengo la convicción de que se halla en la Ciudad y no lejos de mí. He explorado muchas casas so pretexto de alquilarlas ¡Qué miseria hay en algunas! Sin duda estará mejor conmigo que en esas casucas. Cuando haya recorrido todas las de la Ciudad exploraré las de extramuros. Cada mañana me levanto con la esperanza de encontrarla. Si ésta me llegase á faltar, moriría... por más que ya me voy muriendo de pena y que es para mí suplicio insoportable esperar á Quilón, inactivo, en casa. — Vale».

VI

El griego no se dejó ver de Vinicio en mucho tiempo. En vano trataba éste de convencerse de que, para asegurar el golpe, era preciso proceder con lentitud. Su naturaleza impetuosa se rebelaba contra la voz de la razón. Estarse quieto, esperar con los brazos cruzados, eran cosas contrarias á su carácter. Recorrer las calles cubierto con un manto de esclavo á nada conducía ya. Sus libertos, todos hombres astutos, á quienes habia ordenado que hicieran indagaciones, se mostraban en este asunto cien veces menos perspicaces que Quilón. Y á medida que, á causa de las contrariedades, su amor á Ligia iba creciendo, se consolidaba también en su alma la obstinación del jugador que quiere ganar á todo trance. No era esta testarudez nueva en él; espoleados todos sus deseos por la pasión, apenas comprendía que una empresa pudiera fracasar ó que fuese preciso desistir alguna vez de llevarla á cabo. La disciplina militar habia refrenado algo su natural violento; pero al mismo tiempo le acostumbró á ser obedecido ciegamente por sus inferiores y á considerar su voluntad como omnimoda. Por esta razón, la huida de Ligia le sacó de quicio, y, si unas veces se sobreponía en su corazón el amor á la ira y deseaba poseer á la doncella para contemplarse en sus ojos, otras vencía la cólera al amor, imaginando suplicios tremendos para vengarse de lo que consideraba punible acto de desobediencia. Estos pensamientos le torturaban, y las conjeturas acerca de la conducta de Quilón agravábanle el malestar en términos que no comía ni dormía, enflaqueciendo rápidamente y perdiendo hasta la belle-

za física. Por cualquier falta imponía crueles castigos á los esclavos; los mismos libertos se le acercaban temblando, y como todos acabaron por odiarle, se encontró aislado, y el aislamiento le enfureció aún más y le llevó á extremar los suplicios. Solamente Quilón escapaba á los efectos de su cólera. El muy taimado supo aprovecharse de la situación y gobernaba al patricio á su antojo. Al principio aseguraba que el hallazgo de la muchacha era cosa fácil; mas en cuanto se convenció de su predominio, se volvió exigente, expuso por modo llano y escueto las dificultades de la empresa é inventó otras para ponderar el propio valer.

Tras larga ausencia pareció al fin, mas con el rostro tan desencajado, que Vinicio, al verle, se puso blanco como la cera y corriendo á su encuentro le dijo:

— ¿No está entre los cristianos?...

— Si, está — contestó Quilón; — pero también he hallado entre ellos á Glauco.

— Y ¿quién es Glauco?

— Se ve, señor, que no te acuerdas ya de aquel desgraciado anciano con quien vine de Nápoles á Roma y en defensa del cual perdí los dedos que en esta mano me faltan. Los facinerosos le robaron á su mujer y á su hijo, después de haberle acuchillado, dejándole moribundo en una hosteria. Le he llorado mucho tiempo; pero héte aquí que, de improviso, descubro que está vivo y que pertenece á la comunidad cristiana de Roma.

Vinicio no alcanzaba á comprender la trascendencia de las palabras del griego; pero presintió que el tal Glauco constituiría un nuevo obstáculo para el hallazgo de Ligia. Dominando, no obstante, la ira que le ardía en el pecho, dijo:

— Pues si le defendiste, en pago de tu generosidad te ayudará en la empresa de buscar á Ligia.

— ¡Ay de mí, noble tribuno! Si los dioses pocas veces son agradecidos, ¿qué ha de ocurrir con los hombres?... Por desgracia, el viejo, sea por sus muchos años, sea por sus desdichas, tiene flaca la memoria y no solo no agradece mi heroica acción, sino que he sabido por uno de sus correligionarios que me acusa de complicidad con los bandoleros y que sostiene que soy yo el causante de sus desventuras. Esta es la recompensa que me da por la pérdida de los dedos.

— Tengo la certeza, bribón, de que el hecho ocurrió tal como lo relata — repuso Vinicio.

— En este caso, noble tribuno, estás mejor enterado que él— replicó con audacia Quilón — porque resulta en ti certidumbre lo que en él no pasa de sospecha. Esto no impediría, sin embargo, que tomara cruel venganza, azuzando contra mí á todos los cristianos, y de seguro lo habría hecho ya, si, por fortuna, no ignorase mi nombre, ó si en la casa de oración donde acerté á verle hubiese advertido mi presencia. Yo le reconocí en seguida y estuve á punto de abrazarle; pero me contuvo la prudente costumbre de pesar todos mis actos. Al salir de aquella casa me apresuré á pedir informes á una persona que le trata, la cual me refirió que aquel buen hombre, viniendo de Nápoles, fué herido y robado por un compañero de viaje. De esta manera pude saber lo que de mí piensa Glauco.

— ¡Nada de todo esto me importa! Dí, ¿qué viste en la casa de oración?

— A tí no te importa... pero á mí tanto como el propio pellejo... No puedo allanarme á que perezca mi ciencia, y preferiré cien veces renunciar generosamente tu prometida recompensa á exponerme á perder la vida por codicia del vil metal... sin el que, ciertamente, á fuer de filósofo, puedo pasar, dedicándome á la enseñanza de la verdad divina.

Vinicio se acercó al griego con semblante hosco y le dijo con acento terrible:

— Y ¿quién te asegura que la mano de Glauco te dará la muerte antes que la mía?... ¿Piensas que ahora mismo no te puedo hacer enterrar, como un perro, en el jardín?...

Quilón, sobrecogido de terror, atinó, sin embargo, á comprender que una sola palabra imprudente podía costarle la vida.

— ¡Continuaré buscándola, noble patricio, y te juro que la encontraré! — dijo con voz trémula.

Siguió á estas frases profundo silencio, turbado únicamente por el respirar jadeante de Vinicio y por el lejano canto de los esclavos que trabajaban en el jardín. Al advertir el griego que el patricio había recobrado algún tanto la calma repuso:

— Ya has observado, señor, que sé mirar la muerte cara á cara, sereno, como Sócrates. ¡Pero no, excelso tribuno; no me niego á buscar á la muchacha! Sólo he querido advertirte que en mis pesquisas estaré amenazado de un grave riesgo. Dudabas de la existencia de Euricio y por tus propios ojos te cercioraste de que no había mentido. Sin embargo, ahora estás á punto

de suponerme capaz de haber inventado al tal Glauco. ¡Ah, si realmente fuese un fantasma! Para poder frecuentar las casas de oración de los cristianos con la misma seguridad que al principio, daría gustosamente al viejo esclavo que he comprado hace tres días. Pero Glauco es un ser real, señor, y te juro que si llega á dar conmigo, me enviará á hacer compañía á las sombras. Y ¿quién buscará entonces á la doncella?

Hizo una pausa, y después de enjugarse las lágrimas que le asomaban á los ojos, prosiguió:

— Mientras viva Glauco no podré tener punto de sosiego, ni continuar con libertad las pesquisas, pues el riesgo de topar con él será siempre inminente...

— ¿Qué significa esto; qué me quieres decir; qué piensas hacer? — preguntó Vinicio.

— Aristóteles nos enseña que es preciso sacrificar los menzures á los grandes fines, y el rey Priamo solía repetir que la vejez es carga pesada. Hace tiempo que esta carga pesa sobre las espaldas del pobre Glauco; su vida está tan llena de amarguras que el quitársela constituiría su mayor beneficio. La muerte, en opinión de Séneca, es una liberación...

— Guarda las bufonadas para Petronio. Conmigo habla formalmente. Di ¿qué quieres?

— Si la virtud es una bufonada, quieran los dioses conservarme siempre bufón. Deseo, señor, mandar á Glauco al otro mundo porque mientras viva estarán en continuo peligro mi vida y la obra que me has encomendado.

— Toma la gente necesaria y que lo maten á palos; la pagaré yo.

— ¡En manera alguna, señor! Te desollarían exigiéndote luego más dinero para guardar el secreto. En Roma los bribones son tan innumerables como los granos de arena en el Circo; pero no puedes imaginarte cómo saben aprovechar los apuros de los hombres honrados que á ellos acuden para utilizar sus servicios. ¡No, egregio tribuno!... Además, son muy capaces de dejarse sorprender en flagrante y de revelar en seguida quien les pagó, lo que te proporcionaría muchos disgustos. En cambio mi nombre no podrá salir nunca de sus labios por la sencilla razón de que no me daré á conocer. Haces mal, señor, en desconfiar de mí... sin tener en cuenta mi demostrada probidad... Acuérdate, señor, de que dos cosas me estimulan: el miedo de perder el pellejo y la recompensa que me has prometido.

— ¿Cuánto te hace falta?

— Mil sextercios, señor; porque tendré que valerme de facinerosos honrados... vamos al decir, si no quiero correr el albur de que, en cuanto hayan embolsado parte del dinero á cuenta, desaparezcan sin cumplir la comisión. Para estar bien servido es preciso pagar bien. Deseo, además, deducir una corta cantidad para consolarme de la pérdida de Glauco. ¡Los dioses son testigos del afecto que le profeso! Si hoy me das los mil sextercios, dentro de dos días su alma habrá bajado al *Hadés* (1), y entonces (si las *sombras* conservan la memoria) comprenderá cuanto le amo. Hoy mismo contrataré á los hombres, advirtiéndoles que, á contar desde mañana, les deduciré cien sextercios de la suma convenida por cada día que viva Glauco. Tengo un plan excelente.

Después de prohibirle Vinicio hablar más del médico cristiano, le preguntó qué había hecho durante el largo tiempo en que no se dejaba ver. Quilón poco tenía que contar.

«Había estado en dos casas de oración inspeccionando minuciosamente á todos los concurrentes, en especial á las mujeres, para ver si en alguna acertaba á descubrir las señas que tenía de Ligia. Los cristianos le consideraban como correligionario, y desde que había entregado á Euricio el dinero para comprar la libertad de su hijo le veneraban. Por ellos sabía que un gran legislador cristiano, un tal Pablo de Tarso, encontraba base en Roma, pero encarcelado á consecuencia de cierta acusación de los judíos. Otra noticia todavía más importante había adquirido. Era esperado en la Ciudad, de un momento á otro, el gran sacerdote de la secta, un discípulo de Cristo á quien el mismo Cristo había encargado el gobierno de los cristianos de todo el mundo. Los de Roma ardían en deseos de conocerle y de oír su palabra. Con este motivo se celebrarían, de seguro, reuniones solemnes á las cuales Quilón asistiría, y, pudiendo pasar inadvertido entre la muchedumbre, no había peligro en que le acompañara Vinicio, con lo que el hallazgo de Ligia sería cosa más fácil. Además, muerto Glauco, nada habría que temer ya, pues si bien suponía á los cristianos capaces de vengarse, también estaba convencido de que no lo harían, porque, por regla general, eran gente extremadamente pacífica.»

(1) Sitio donde, según la Mitología griega, moraban las *sombras* ó almas de los muertos.

Al llegar á este punto de su discurso, Quilón creyó del caso exponer el concepto que de los cristianos había formado y dijo que, con harto asombro de su parte, no les había visto jamás ni entregarse al libertinaje, ni envenenar pozos y fuentes, ni adorar una cabeza de asno, ni alimentarse con carne de niño. Por el contrario, su doctrina condenaba el homicidio y hasta exigía el perdón de las ofensas.

Vinicio se acordó entonces de las palabras de Pomponia Grechina y escuchó con alborozo las de Quilón, pues aunque su amor á Ligia en ciertos momentos apareciese ligeramente empañado por una sombra de odio, experimentaba intenso deleite al oír que la religión que profesaban ella y Pomponia no era abyecta ni inmoral. Pero al mismo tiempo asomó en su conciencia la sospecha de que esta religión alejaba á Ligia de su lado... Entonces sintió miedo de la nueva doctrina y empezó á odiarla.

VII

Quilón sentía imperiosa necesidad de deshacerse de Glauco, pues éste, á pesar de sus muchos años, no dejaba de ser hombre forzudo y valeroso, y el griego, realmente, le había hecho traición, vendiéndolo á unos bandoleros, y despojándole de la mujer y de los bienes. El recuerdo de esta felonía no le había turbado, sin embargo, hasta entonces el sueño, porque habiendo dejado moribundo al infeliz médico, en campo raso, cerca de Minturno, jamás llegó á creer pudiera curarse. No es de extrañar, pues, que al verle sano y salvo en la asamblea de los cristianos se sobresaltara hasta el extremo de negarse á proseguir la busca de Ligia. Pero su espanto subió de punto al ver la actitud amenazadora del tribuno; y puesto en la alternativa de exponerse á ser víctima de Glauco ó de sufrir la persecución y la venganza de dos patricios tan poderosos como Vinicio y Petronio, no titubeó en optar por lo primero, tanto más cuanto que le había de ser relativamente fácil deshacerse del cristiano; por supuesto apelando á las manos de otros, pues aparte de no sobrarle el valor, le repugnaba, como á casi todos los griegos, el derramamiento de sangre.

Pocas dificultades había de ofrecerle el hallazgo de personas que se encargaran de cometer el crimen, porque solía pasar la noche en los bodegones frecuentados por gente desalmada.

Pero como se exponía á que los comprometidos, oliendo la presa, empezaran por despacharle á él, ó á que, recibida una cantidad á cuenta, le obligaran á dar el resto antes de cumplir el encargo con la amenaza de denunciarle á la justicia y, por otra parte, había empezado á sentir profunda aversión por la canalla que hormigueaba en las hediondas madrigueras de la Suburra y del *Transtevere* y, además, era su cicatería extremada y no conocía la moral de los que profesaban la religión de Cristo, concibió el propósito de quedarse con el dinero y de buscar entre los mismos cristianos hombres candorosos y sencillos que se prestasen á perpetrar el homicidio sin estipendio alguno. Puesto que parecen tan buenas personas, pensó, podré servirme de ellos á mi antojo, explotando su fe y ahorrando el dinero que asesinos vulgares me exigirían.

Con este objeto, Quilón, dispuesto á sacar partido de la gratitud, se encaminó á casa de Euricio, no para iniciarle en sus designios, pues no podía escapar á su perspicacia que un exceso de franqueza en este punto había de resultar en mengua de los prestigios y de la veneración que sus fingidas virtudes le conquistaran, sino con el propósito de preparar el terreno para encontrar hombres prontos á complacerle y de entenderse solamente con ellos, á fin de que la imperiosa necesidad de mantener secreto el crimen fuese segura garantía de que no le comprometerían.

Euricio, en cuanto hubo comprado la libertad de su hijo, que se llamaba Quarto, alquiló uno de los innumerables tenduchos de los alrededores del Circo Máximo, en los cuales se vendían aceitunas, habas, pan ázimo y agua endulzada con miel. Hallóle Quilón poniendo en orden las mercancías, y después de haberle saludado en nombre de Cristo empezó á explicarle el objeto de la visita.

Dijole necesitar de dos ó tres hombres fornidos para prevenir un peligro que no sólo le amenazaba á él sino también á muchos cristianos, y que, aunque empobrecido por haber dado á Euricio cuanto poseía, comprometíase á pagar á estos hombres bajo condición de que pusieran en él toda su confianza y cumplieran estrictamente sus órdenes.

Euricio y Quarto escucharon con atención á su bienhechor y le ofrecieron luego sus servicios, en la seguridad de que un santo varón como él nada les exigiría que no estuviese en consonancia con las divinas enseñanzas de Cristo.

Quilón contestó que en este punto no se engañaban, y levantando los ojos al cielo calculó si le convenía aceptar; pero en seguida desechó la idea teniendo en cuenta que Euricio era demasiado viejo, aunque no tanto por los años como á consecuencia de las penas y enfermedades, y que Quarto no pasaba de los diez y seis.

Insistieron los dos cristianos en el ofrecimiento; pero tuvieron que desistir ante la actitud resuelta del griego.

— Señor — dijo entonces Quarto; — en la tahona de un tal Demas trabaja un obrero que tiene la fuerza de dos ó tres hombres. Yo mismo le he visto levantar piedras que cuatro no habrían logrado mover.

— Si es buen cristiano, si tiene el santo temor de Dios y es capaz de sacrificarse por sus hermanos, preséntamelo — dijo Quilón.

— Es cristiano como nosotros — respondió Quarto — y lo son casi todos los esclavos y jornaleros de la tahona de Demas. Forman dos tandas; una trabaja de día; la otra de noche; el hombre á quien me refiero pertenece á la nocturna. Si vamos en seguida probablemente le hallaremos cenando y luego podrás hablarle con entera libertad. La tahona de Demas no está lejos del Emporio (1).

Un momento después tomaron Quilón y Quarto el camino del Emporio, que estaba en la falda del Aventino, cerca del Circo Máximo. Al pasar por el Pórtico de Emilio, dijo el filósofo:

— Soy ya muy viejo y á veces la memoria me flaquea. Cristo, Nuestro Señor, fué vendido por uno de sus discípulos; pero en este momento no me acuerdo del nombre del traidor.

— ¡Judas... que se ahorcó! — contestó Quarto, asombrado de que semejante nombre pudiera olvidarse.

— ¡Ah, sí!... Judas. ¡Gracias!

Caminaron en silencio un buen trecho; atravesaron el Emporio, que estaba ya cerrado, y dejaron á un lado los almacenes de trigo en donde se hacían las distribuciones á la plebe; tomaron luego á la izquierda, dirigiéndose hacia las casas que se extendían á lo largo de la vía Ostiense hasta el monte Testacio y el Foro Pistorio. Por fin se detuvieron delante de un edificio de madera, lleno de los ruidos que producían las muelas al triturar el grano sobre las soleras. Entró Quarto sólo, pues

(1) Muelle y almacenes de depósito en la orilla izquierda del Tíber,

Quilón, siempre temeroso de encontrarse con Glauco, quiso quedarse fuera.

—Este Hércules panadero me da mucho en qué pensar—decía para sus adentros, mirando la luna.—Si es hombre astuto me pedirá un ojo de la cara; si, por el contrario, es un cristiano virtuoso, é imbecil por añadidura, de nada me servirá.

El soliloquio fué interrumpido por la reaparición de Quarto que venia acompañado de un soberbio mocetón vestido con túnica sin mangas, abierta por un lado en forma que dejaba al descubierto parte del pecho y de la espalda. Quilón lo midió de pies á cabeza con escrutadora mirada y demostró su satisfacción con ligera sonrisa. En su vida habia visto un brazo y un torso como aquellos.

—Este es, señor, el hermano de quien te he hablado—murmuró Quarto.

—La paz de Cristo sea con vosotros—contestó Quilón.—Tú, Quarto, dile á ese hombre hasta qué punto puede fiar en mí, y luego vuélvete á casa porque no conviene dejar por mucho tiempo solo á tu anciano padre.

—Es un santo varón—manifestó el muchacho,—que dió cuanto poseía para librarme de la esclavitud, no obstante no conocerme siquiera. ¡Qué el Salvador se lo recompense!

El gigante, inclinándose, besó la mano del filósofo.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó éste.

—En la pila bautismal, padre mío, me fué puesto el nombre de Urbano.

—Urbano, hermano mío, ¿dispones de un breve espacio de tiempo para departir conmigo?

—No comenzamos el trabajo hasta la media noche y ahora nos preparan la cena.

—Tenemos, pues, tiempo de sobra. Bajemos á la ribera donde podremos hablar con mayor sosiego.

Enderezaron hacia el Tiber sus pasos, y llegados á la orilla sentáronse sobre una piedra y estuvieron un instante callados. Reinaba allí profundo silencio sólo turbado por el lejano zumbido de la molienda y por el suave rumor de la corriente del agua.

Examinaba el griego atentamente al obrero, quien, á pesar de su expresión un poco dura y triste, muy frecuente en los bárbaros que vivían en Roma, revelaba bondad y franqueza.

—Si—pensó el griego,—éste es un hombre sencillo é ingenuo que me despachará á Glauco de balde.

—¿Amas á Cristo, Urbano?—le preguntó.

—¡Con todo mi corazón!—contestó el obrero.

—¿Y á tus hermanos, á tus hermanas y á cuantos te enseñaron la Verdad y á orar por Cristo?

—También, padre.

—La paz sea contigo.

—Y contigo, padre.

Quilón, mirando siempre la luna, empezó á hablar con voz apagada de la muerte de Cristo. Parecía abstraído, cual si confiara un secreto á la Ciudad dormida. Su acento tenia algo de solemne y conmovedor. Lloraba el obrero silenciosamente cuando Quilón empezó á lamentarse de que nadie hubiese defendido al Salvador contra los soldados y los judíos que le martirizaron. La angustia y la ira crispaban los puños enormes del bárbaro á cada lamentación del filósofo, quien, de pronto, preguntó en tono seco:

—Urbano: ¿sabes tú quién fué Judas?

—¡Sí, lo sé... y también sé que se ahorcó!

En su voz habia un dejo de amargura, como si le pesara que el traidor se hubiese hecho justicia por mano propia.

Quilón prosiguió, diciendo:

—Y si, no obstante, no se hubiese ahorcado; si algún cristiano le encontrara un día, ¿crees tú que debería vengar la pasión y muerte del Salvador?

—¡Sí, y mil veces si! ¿Qué cristiano no las vengaría, padre mío?

—¡La paz sea contigo, fidelísimo siervo del Cordero! ¡Tienes razón! Se pueden perdonar las propias ofensas; mas ¿quién tiene el derecho de perdonar las que se hacen á Dios?... Pues bien; tal como de la serpiente nace la serpiente y la ira engendra la ira y la traición la traición, así la ponzoña de Judas fecundó otro malvado; y así como aquel vendió al Salvador y lo entregó á los judíos y á los soldados romanos, de la misma manera éste, que mora entre nosotros, quiere entregar el rebaño á los lobos; y si nadie evita la traición, si alguien no aplasta á tiempo la cabeza de la serpiente, todos estamos perdidos y lo está también la fe de Cristo.

El gigante miró á Quilón con estupor, cual si no comprendiese lo que le decía; y el griego, cubriéndose la cabeza con el borde del manto, continuó con voz que parecía salir de lo profundo de la tierra:

— ¡Ay de vosotros, siervos del Dios verdadero! ¡Ay de vosotros, cristianos y cristianas!

Reinó de nuevo el silencio sólo turbado por el zumbido de la molienda, por los lejanos cantos de los tahoneros y por el suave murmullo del agua deslizándose tranquila por el cauce del río.

— Padre, ¿quién es el traidor? — preguntó por fin el obrero.

Quilón inclinando la cabeza, continuó:

— ¿Quién es el traidor?... Es un hijo de Judas, un hijo de aquella vibora... y finje ser cristiano... y frecuenta las casas de oración á fin de expiaros y de encontrar pretextos en vuestras ceremonias para acusaros de incrédulos, de envenenadores de fuentes, de infanticidas y de tener el propósito de destruir la Ciudad hasta que no quede de ella piedra sobre piedra. Dentro de pocos días se ordenará á los pretorianos que encierren en las prisiones á los ancianos de la comunidad, á las mujeres y á los niños, para castigarlos luego como se hizo con los esclavos de Pedanio Segundo. ¡Y la causa de la persecución será la perversidad de ese hombre! Pero ya que el primer Judas no fué castigado, ya que nadie salió en defensa de Cristo en la hora suprema ¿no habrá quién castigue al segundo; quién aplaste la cabeza de la serpiente antes de que el César haya podido oírle? ¿Nadie le matará; nadie salvará á sus hermanos; nadie evitará la ruina de la fe de Cristo?...

Urbano, como movido por un resorte, se alzó diciendo:

— ¡Yo le mataré, padre!

Levantóse también Quilón, y fijando su mirada en la del gigante, cuyo rostro estaba iluminado en aquel momento por la luna, le puso una mano sobre la cabeza y le dijo solemnemente:

— Ve, pues, á las casas de oración; pregunta á nuestros hermanos por el médico Glauco, y en cuanto le conozcas ¡mátalo en nombre de Cristo!

— ¿Glauco?... — repitió el obrero, como si quisiera grabar este nombre en la memoria.

— ¿Le conoces?

— No. ¡Somos tantos los cristianos en Roma!... Pero te juro que aprovecharé la reunión de mañana para conocer al traidor.

— ¿Qué reunión?...

— La que ha de celebrarse por la noche en el Ostriano y á la que acudiremos todos los hermanos y hermanas, sin excepción alguna, porque en ella ha de hablar el gran Apóstol de Cristo que ha llegado recientemente á Roma,

— ¿En el Ostriano? — preguntó Quilón — ¿en el Ostriano... fuera de la Ciudad... no es cierto... todos los hermanos y hermanas... por la noche... en el Ostriano has dicho?...

— Sí, padre. Allí tenemos nuestro cementerio, entre las vías Salaria y Nomentana. Pero ¿cómo ignorabas tú que allí debe hablar el gran Apóstol?

— Hace dos días que no he estado en casa y no he podido recibir las cartas de aviso. No sé tampoco donde está el Ostriano porque no ha mucho llegué de Corinto, en donde soy anciano de la comunidad cristiana. De todas maneras, pues que Cristo te ha enviado esta divina inspiración, vé al Ostriano, hijo mio, haz que te indiquen quien es Glauco y mávalo cuando regrese á la Ciudad. Por esta acción te serán perdonados todos los pecados. Y... ¡la paz sea contigo!

— ¡Padre!...

— Te escucho, siervo del Cordero.

En el semblante del hercúleo cristiano se pintó la indecisión... «No hacia mucho tiempo que había matado á un hombre, tal vez á dos, á pesar de que la doctrina de Cristo prohibía el homicidio. No los mató, es cierto, por afán de lucro... El mismo Obispo le había proporcionado auxiliares; pero vedándole el derramamiento de sangre. Dios, no obstante, dispuso otra cosa, porque, por desgracia, le había dotado de una fuerza extraordinaria. Pero ¡cómo expiaba aquella acción! Sus compañeros cantaban alegremente en la tahona mientras él pensaba siempre en su pecado y en la grave ofensa hecha al Redentor. ¡Cuántas oraciones había elevado al Altísimo! ¡Cuántas lágrimas habían vertido sus ojos! ¡Con qué fervor le pedía á Cristo el perdón de sus pecados! Y he aquí que, cuando aún no consideraba suficiente la penitencia hecha, prometía de nuevo matar.»

— ¡Lo haré, sin embargo — exclamó — Como has dicho, sólo se deben perdonar las ofensas personales, no las hechas á Dios. Lo mataré á la vista de todos mis hermanos y hermanas, en el Ostriano; pero al menos que sea Glauco condenado por los superiores de la comunidad: por el Obispo, por el Apóstol y por los presbíteros; acaso Glauco no sea culpable y no quiero manchar mi conciencia con un nuevo pecado, con una nueva ofensa al Cordero.

— No hay tiempo para juzgarle, hijo mio; porque Glauco, al salir del Ostriano, se dirigirá inmediatamente á Ancio para

ver al César ó se refugiará en casa de un patricio á quien sirve; pero te voy á dar una señal que mostrarás al Obispo y al Apóstol después de haber matado á Glauco, y no dudes que te bendecirán por tu buena acción.

Dicho esto, sacó un sextercio, trazó con la punta del cuchillo en una de sus caras una cruz, y entregándolo al obrero añadió:

—Esto es la sentencia contra Glauco y al mismo tiempo la señal en virtud de la que obtendrás del Obispo la absolución, no solo de este homicidio, sino de los que antes cometiste involuntariamente.

El obrero, tendiendo la mano, aunque de mal talante, tomó la moneda, y como la primera muerte le remordia aún vivamente en la conciencia, sintió á su contacto como una sensación de terror.

— ¡Padre! — susurró con voz casi suplicante — ¿Tienes pruebas de la traición de Glauco?

Quilón comprendió entonces que no podía excusarse de darlas y le dijo:

—Escucha, Urbano. Yo vivo habitualmente en Corinto, pero nací en la isla de Cos, y en Roma inicio en la doctrina de Cristo á una esclava de mi país llamada Eunice, *vestiplice* (1) de un tal Petronio, amigo del César. Pues bien; en casa de éste he oído que Glauco se comprometía á vender á todos los cristianos y á poner de su parte los medios necesarios para que otro confidente de Nerón, llamado Vinicio, encontrase á cierta muchacha.....

Al llegar á este punto, el griego interrumpió con azoramiento el discurso por haber observado que los ojos del obrero brillaban como los de una fiera acorralada, mientras sus facciones tomaban expresión de ferocidad salvaje.

—¿Qué te pasa? — preguntóle.

— ¡Nada, padre! ¡Mañana mataré á Glauco! — rugió el obrero.

Quilón estuvo un momento perplejo; pero luego, poniendo sus manos sobre los hombros del gigante, le hizo girar sobre los pies, hasta que la luna le dió de lleno en el rostro, y le miró atentamente un buen rato dudando si le interrogaría para averiguar si eran fundadas las sospechas que acababa de desmentarle tan repentina cólera. Venció, sin embargo, su ingénita

(1) Doncella ó camarera que cuidaba de los vestidos.

cautela á la curiosidad; hizo dos profundos suspiros, puso nuevamente la mano sobre la cabeza del obrero y preguntóle con voz clara y solemne:

— ¿Es Urbano el nombre que te pusieron en la fuente bautismal?

—Si, padre.

—Pues ¡la paz sea contigo, Urbano!

VIII

De Petronio á Vinicio:

«Mal andamos, carísimo. Si el amor no te consume reduciéndote á cenizas, y aciertas un día, más adelante, á leer la carta que me has escrito, te convencerás de que eres insensible á todo cuanto no atañe á tu Ligia. Procura hallarla pronto, pues ¡por Polux! que si no lo consigues, te convertirás en algo así como aquella esfinge egipcia de la cual se cuenta que, ardiendo en amor por la pálida Isis, espera con ansia la noche, sorda é indiferente á cuanto la rodea, para solazarse en la contemplación del objeto adorado.

No me parece mal que en tus excursiones nocturnas recorras las casas de oración de los cristianos, pues cuanto hagas para alimentar tus esperanzas y para distraerte te será beneficioso; mas, por la buena amistad que te profeso, por el cariño que nos une, te suplico que no vayas á dichas casas acompañado solamente del griego, pues siendo Oso, el esclavo de Ligia, hombre de fuerza extraordinaria, aconseja la prudencia que te haga acompañar también por Crotón. Desde el momento en que Pomponia Grecina y Ligia pertenecen á la secta, es indudable que no son unos malvados los cristianos; mas lo acaecido al apoderarse de la muchacha prueba que no se andan con chiquitas cuando se trata de defender á una oveja de su rebaño. Estoy seguro de que, en cuanto veas á tu amada, pretenderás llevártela en seguida, y ¿cómo podrias realizar sin riesgo la hazaña con la sola ayuda de nuestro decrepito filósofo? En cambio Crotón sabrá mantener á raya no sólo á ese ligio sino á otros diez como él.

Aquí nadie se acuerda ya de la difunta hija de Nerón, y únicamente Popea alude una que otra vez al sortilegio. Al César le preocupan otras cosas de mayor importancia. Estamos en Nápoles, ó mejor en Bahía, desde hace algunos días. Si fueras capaz

de atender á cualquiera otra cosa que no fuese la busca de Ligia, habrían llegado á tus oídos noticias de lo que aquí hacemos, pues en Roma son la comidilla de todas las conversaciones. En cuanto llegamos á Bahía, nos sentimos agobiados por la memoria de nuestra buena madre y por los remordimientos. ¿A qué extremos crearás que ha llegado *Barbarroja*? Pues á convertir el asesinato de su madre en asunto de poesía y en pretexto para representaciones cómicas y trágicas. En los primeros meses después de cometido el matricidio, sentía remordimientos, no porque tenga conciencia, sino porque es un cobarde; mas ahora que ya está bien convencido de que es firme la tierra que pisa y de que no venga el crimen ningún dios, los finge para mover á piedad. De noche, á veces salta del lecho y nos despierta á todos asegurando que le persiguen las Furias. Huyendo, vuelve de cuando en cuando, con terror, la cabeza; toma las trágicas actitudes de un histrión interpretando el papel de Orestes; declama versos griegos, y nos observa para ver si nos admiramos de su arte. Y nosotros, en efecto, nos entusiasmos, y en lugar de decirle: «¡Payaso, vete á dormir!», adoptamos también el tono trágico y hacemos como si defendiéramos de las Furias al gran artista.

«Al menos habrás oído referir lo ocurrido con motivo de nuestra pública representación en Nápoles. Se aglomeró en el teatro toda la chusma griega de los alrededores, la cual apestaba con su olor de ajos y de sudor en términos que di con todo mi corazón gracias á los dioses por haberme sido otorgado el honor de permanecer en el escenario al lado de *Barbarroja*, en vez de sentarme en las primeras filas de espectadores con los demás augustales. ¿Crearás, querido Vinicio, que nuestro mico estaba emocionado como un actor novel? Cogíame la mano y la apretaba contra su pecho; el corazón le latía de modo que semejaba un caballo desbocado; era jadeante su respiración, y en el momento de salir á escena palideció y llenóse su frente de sudor, á pesar de que le constaba que en todos los bancos había pretorianos armados de palos y dispuestos á escitar el entusiasmo del público en caso necesario, recurso á que, por fortuna, no hubo necesidad de apelar, pues una manada de monos de los alrededores de Cartago no habría aullado como aulló aquel mal oliente rebaño al aclamar al César. El hedor de ajo llegaba hasta la escena, pero no debía de sentirlo Nerón, porque saludaba con inclinaciones de cabeza, se oprimía

el pecho con las manos, enviaba con las puntas de los dedos besos á los espectadores y lloraba, pálido de emoción. Después vino á caer como un beodo entre nosotros, gritando: «¿Qué son los triunfos de emperador comparados con estos triunfos de artista?» Y la canalla continuaba aullando y aplaudiendo, bien convencida de que cuanto más ruidosa fuese la ovación, mayores serían las liberalidades del César y mayor la seguridad de obtener una segunda representación del payaso imperial. ¡No, no me causaron asombro aquellos estruendosos aplausos, porque jamás se había presenciado espectáculo semejante! A cada momento repetía el César: «¡Ved como aplauden los inteligentes griegos!... ¡Ese es un pueblo de artistas!...»

«Tengo para mí que desde aquella memorable exhibición el odio que siente por Roma ha subido de punto. Sin embargo, fueron enviados inmediatamente correos para anunciar este triunfo, y esperamos de un momento á otro el correspondiente voto de gracias del Senado. Un hecho singular ocurrió después de aquella función y fué que, cuando acababa de salir la chusma griega, se hundió el teatro. Muchas personas han pretendido ver en este acontecimiento una manifestación de la cólera de los dioses, indignados de ver como se profanaba la majestad imperial; pero Nerón afirma que, por el contrario, hay en este hecho una prueba patente de la protección que le dispensan las divinidades, fundándose en que el teatro aguardó para derrumbarse á que él y los espectadores estuvieran fuera. Por este motivo se hicieron sacrificios en todas las basílicas. *Barbarroja* está más dispuesto que nunca á realizar el viaje á Grecia. Me reveló, sin embargo, hace algunos días, que teme que el pueblo romano se le subleve al conocer estos propósitos, no sólo por el cariño que le profesa, sino también por lo que le importa no verse privado, durante su ausencia, de las distribuciones de trigo y de espectáculos públicos. De todas maneras iremos á Benevento para regodearnos con las fiestas zapateriles que Vatinio nos prepara, y de allí, probablemente, bajo la salvaguardia de los divinos hermanos de Elena, nos dirigiremos á Grecia. En cuanto á mi, querido Vinicio, he observado que el hombre que vive entre locos, no sólo se vuelve también demente, sino que llega á descubrir en la insania un lado atractivo. Grecia, el largo viaje, esta especie de marcha triunfal en honor de Baco, los carros tirados por tigres, las flores, las coronas, las guirnaldas, los gritos de ¡*Evohé!*!, las músicas, la poesía, los

aplausos de toda la Hélada, son cosas realmente peregrinas; pero nuestros proyectos todavía son más extraordinarios. Queremos crear una especie de imperio fantástico: el imperio oriental de las palmeras, del sol, de la poesía, de la realidad transformada en sueño, de la vida convertida en perpetuo goce. Queremos borrar de nuestra memoria á Roma y colocar el centro del orbe en no se qué punto situado entre Grecia, Asia y Egipto; vivir la vida de los dioses; hender las olas del Archipiélago en naves de oro, á la sombra de velas de púrpura; encarnar en una sola persona á Apolo, á Osiris y á Baal; teñirnos con los colores rosados de la aurora; dorarnos con los rayos del sol; platearnos con los rayos de la luna; reinar, cantar, soñar... Y ¿creerás que yo, que poseo aún un sextercio de buen criterio y un as de sentido común, me dejo arrebatar en alas de semejantes fantasías?.. Hay que confesar que, si son utópicas, también son bellas y grandiosas... Un día, en las edades futuras, los hombres considerarían este fantástico imperio como vago ensueño de poeta... Sin embargo, *Barbarroja*, yo te lo juro, no llegará á realizar sus concepciones, cuando no por otro motivo, porque de este fabuloso reino oriental de la poesía deberían estar excluidos la traición, la bajeza y el asesinato, y en Nerón, bajo las apariencias de un poeta, hay un mal comediante, un estúpido cochero y un cruel tirano.

«Mientras tanto suprimimos del mundo de los vivos á todos los que nos estorban. El infeliz Torcuato Silano está ya entre las sombras; se abrió las venas hace algunos días. Lucano y Licinio han aceptado con terror la dignidad consular, y el anciano Traseas no escapará á la muerte, pues tiene la osadía de ser virtuoso. Por lo que á mi atañe, Tigelino no ha logrado obtener aún la orden de que me abra las venas, porque se me necesita, no sólo como *Árbitro de las Elegancias*, sino como insustituible organizador del viaje a Acaya; pero más pronto ó más tarde tendré que abrimelas... Lo que más cuidado me da es que puede nuestro mico, en este caso, heredar la hermosa copa murrina (1) que tanto te agrada. Si estás

(1) No se sabe con certeza en qué consistían los vasos murrinos; pero eran más bien objetos de lujo que de arte. Uno fué comprado por cierto varón consular por 70 talentos; por otro dió Nerón 40 millones de sextercios, y el que poseía Petronio no valía menos de 300 talentos. El talento equivalía á unas 6.000 pesetas.

á mi lado en el momento de la muerte, te la daré; si lejos, la romperé. Entre tanto, consolémonos pensando que nos esperan Benevento, su egregio zapatero y la olimpica Grecia, y que el Hado traza á cada mortal su camino en lo desconocido.

«Consérvate bien, y no dejes de hacerte acompañar por Crotón si no quieres que se te escape por segunda vez la presa. No te olvides de mandarme á Quilón cuando no lo necesites. Quizás podré convertirlo en un segundo Vatinio, ante quien temblarán los personajes consulares y los senadores, como tiemblan ahora en presencia del caballero de la lezna. Valdría la pena de vivir todavía algún tiempo para ver semejante espectáculo. En cuanto hayas hallado á Ligia avisame, pues quiero ofrecer á Venus, en acción de gracias, un sacrificio de cisnes y otro de palomas. ¡Que no empañen las nubes tu cielo y, en caso contrario, que tengan el color y el perfume de las rosas!»

IX

Apenas habia acabado Vinicio de leer la carta de Petronio cuando Quilón entró en la biblioteca sin ser anunciado, pues la servidumbre tenía orden de dejarle pasar á cualquier hora del día ó de la noche.

— ¡Que la divina madre de Eneas, tu glorioso abuelo — dijo el griego, — te proteja como me ha protegido hoy á mi el divino hijo de Maya! (1).

— ¿Qué quieres decir con esto? — preguntó Vinicio levantándose.

— ¡*Eureka!*

El joven patricio estuvo un momento sin poder hablar.

— ¿La has visto? — balbuceó al fin.

— He visto á Oso y hasta le he hablado.

— ¿Y sabes dónde están?

— No. Otro en mi lugar habria dado á entender al ligio, por vanidad, que le habia reconocido, tratando de sonsacarle para

(1) *Maya*, divinidad india. De ella y de Brama nació la Trimurti ó trinidad india. Los monumentos la representan llevando sobre el seno al niño *Kama*, que equivale al Amor de la mitología griega, y, como éste, va armado de un arco y lleva un carcaj. En el carcaj hay cinco flechas que representan los sentidos corporales. Quilón se refiere á *Kama*.